EUCARISTÍA Y ECOLOGÍA

Por P. MARCIANO GARCÍA, OCD.

"Como fruto de la tierra, el pan y el vino representan la creación que nos es confiada por nuestro Creador. Por ello la Eucaristía tiene una relación directa con la vida y la esperanza de la humanidad y debe ser una preocupación constante de la Iglesia y señal de autenticidad eucarística." "No solo las personas humanas, sino la creación entera… espera la recapitulación de todas las cosas, también las de la tierra, en Cristo". Como "fruto del trabajo" de la persona humana. En muchas partes del mundo, como en el caso del territorio de la arquidiócesis de Huancayo (Perú), el aire, la tierra y la cuenca del río Mantaro están afectadas por la contaminación. La eucaristía nos compromete a trabajar para que el pan y el vino sean fruto "de la tierra fértil, pura e incontaminada". Para ello es necesario hacer cada vez más visible la "comunión del Colegio Episcopal, reunido bajo el Vicario de Cristo y la "colegialidad afectiva y efectiva", de la cual se deriva la solicitud de nosotros los obispos por las otras Iglesias particulares y por la Iglesia universal…" incentivando la participación de los laicos".

Así se expresaba, el 4 de octubre del 2005, en el Sínodo de los obispos, Monseñor Pedro Ricardo Barreto Jimeno. En estas breves líneas se contienen excelentes ideas, llenas de sugerencias para hacer una reflexión acerca de temas que forman hoy parte de las preocupaciones de todas las personas que abren los ojos ante las realidades que nos afectan a todos de forma urgente. Por otro lado, siempre existen los que no quieren ver. Ciertamente, aquí concurren cosas muy hermosas que considerar y vamos a echarles una mirada.

La creación

Los estudiosos de la evolución del universo creen saber que las partículas de todo lo que existe actualmente fueron producidas en los primeros segundos de la creación del universo de manera que los mismos componentes están formando la realidad creada de este mundo material. Las partículas que integran las moléculas que forman las neuronas de los cerebros humanos son las mismas que forman el polvo intergaláctico. Hasta donde hoy se sabe, lo más elemental que existe son unas extrañas partículas llamadas quarks, que entran en la composición de los neutrones y protones que constituyen el núcleo de los átomos; parece que deben ser de tres clases de alguna manera diferentes y así originan la diversidad que existe en el mundo material.

Cada día toma más fuerza entre los científicos la teoría del "modelo del universo inteligente", que hace posible reconocer la presencia de una inteligencia sobrenatural que ha diseñado con infinita sabiduría el desarrollo de nuestro universo. De hecho, las formaciones microscópicas, en el dominio de la Física Cuántica, son de una exactitud que no admite alternativa alguna. Si se tiene esto en cuenta, hay que admitir que, desde la creación inicial hasta la existencia del hombre, se da una continuidad rigurosa. Quienes gustan de usar el concepto de finalidad afirman que la razón de ser del universo en sí es la existencia del hombre, el ser que puede contemplarlo conscientemente. Así surge el llamado principio antrópico: el universo existe para que exista el hombre.
En el campo de la especulación filosófica esta afirmación origina una pregunta posterior que, independientemente de la demostración de su verdad, se hace sumamente interesante. ¿Para qué existe el hombre? La respuesta obvia inmediata deberá ser: el hombre existe para contemplar la grandeza y belleza de este universo que lo ha originado y del que forma parte. Es decir, el hombre es el universo mismo que se contempla y se asombra de su inmensidad.

Cuando asumimos estos puntos de vista y los colocamos junto a las verdades de nuestra fe cristiana se produce un resplandor de armonía, de belleza, que nos arrebata en la contemplación de la sabiduría divina. Fue san Pablo quien afirmó que el mundo es para el hombre, el hombre para el Mesías y el Mesías para Dios. Así queda resumida la entera historia de la salvación. "Para nosotros no hay más que un Dios, el Padre, de quien procede el universo y a quien estamos destinados nosotros, y un solo Señor, Jesús Mesías, por quien existe el universo y por quien existimos nosotros" (I Cor 8. 6) ·

Así tendríamos que Dios ha creado este universo con la finalidad de que existiera el hombre, y al hombre para realizar la Encarnación, llegando de este modo el universo a ser divino por la pertenencia de la humanidad a la Persona del Verbo, Hijo de Dios, Jesucristo. Si en cada hombre existe un microcosmos, al existir en Jesús ese

resumen del universo que es la naturaleza humana, el universo queda unido a la divinidad por la unión personal del Hijo de Dios con la naturaleza humana asumida.

Estos datos nos permiten una contemplación del acontecimiento de la creación como un proceso que sale de Dios, de su poder y sabiduría, para retornar a Dios como criatura humano - divina en Jesús de Nazaret, y por la unión con él de toda la humanidad y, en ella, de todo el universo. Es la historia del amor divino, de la comunicación grandiosa del ser Amor que es Dios a una criatura que se hace real en la acción creadora y que finalmente hecha hombre, alcanza su destino en la contemplación del ser divino que la origina, siendo así también ella luz de amor.

La ecología

La ecología, por su parte, es la ciencia que estudia las relaciones de los seres vivos entre sí y con el medio ambiente. Su preocupación fundamental ahora es llamar la atención sobre el necesario equilibrio que debe ser conservado entre los vivientes y su medio. Como ciencia positiva se interesa por lo fáctico, por lo que es, pero también por lo que debe ser para que la vida del planeta se conserve y desarrolle. Su tesis fundamental es que todo está relacionado entre sí en este universo, por lo que consecuentemente nada puede ser descuidado, puesto que todo es valioso.

Entre las relaciones de los vivientes con el ambiente emerge con especial importancia la relación que se da entre los seres humanos y el medio natural, dado el hecho de que los humanos son los únicos vivientes creadores de mundos artificiales que pueden entrar en conflicto con el natural y de hecho entran en esa conflictividad, y crean un deterioro del medio natural en grado suficientemente alto como para poner en peligro la vida misma del planeta.

Pero más allá de esta consideración fáctica, se revela la relación esencial de todas las partes del universo con el todo, formando una totalidad armoniosa y grandiosa, cuya belleza sobrecoge al que tiene la dicha de contemplarla. La consideración puede extenderse por todos los rangos del saber humano, desde la ciencia, hasta la poesía, de la filosofía a la teología. Este artículo pretende resumir en lo posible todas estas vinculaciones con la Encarnación, y su significación en el misterio de la Eucaristía.

El misterio eucarístico

La celebración eucarística, memorial del Señor, encierra todos los misterios de la múltiple relación entre el Creador y la criatura, principalmente cuando desciende a la concreción de memoria de la pasión, la muerte y la resurrección de Jesucristo. Se trata de que la naturaleza humana es la culminación de un largo camino de millones de años y llega desde la debilidad en el tiempo a la grandeza de la vida eterna pasando antes por el dolor y la muerte, condiciones de este mundo llamado a desaparecer. El ser humano es memoria del proceso de todo el universo, desde los primeros instantes de su expansión y evolución, desde la singularidad primigenia hasta la complejidad social del hombre. Aquel que es la razón absoluta de todo este proceso es, forzosamente, memoria plena de todo el acontecimiento.

El que no hayamos sido capaces de leer todo lo escrito en el devenir de la creación no invalida de ningún modo el hecho de que los acontecimientos guarden la memoria de toda su historia y que incluso la podamos leer si aprendemos a hacerlo. La clave para esa lectura la podemos encontrar muy destacada en la visión teológica de san Juan en el prólogo de su Evangelio:

> "Al principio ya existía la Palabra,
> la Palabra se dirigía a Dios
> y la Palabra era Dios:
> ella al principio se dirigía a Dios.
> Mediante ella se hizo todo;
> Sin ella no se hizo nada de lo hecho" (Jn 1, 1- 3).

Juan imagina el Logos divino en amoroso diálogo con el Padre eterno, no como un extraño, no como un dios vecino, sino como Dios de Dios, como Luz de Luz. En este diálogo nace el proyecto de la creación y de su entera historia. De forma que todo lo existente ha sido hecho por medio de la acción de la Palabra divina, por lo que cuanto tiene existencia, la tiene modelada por la sabiduría que aquella Luz eterna, en perfecta comunicación de las divinas personas en el seno inefable de la Trinidad santísima.

Sería maravilloso que desarrolláramos la suficiente sensibilidad para que, al contemplar la creación, pudiéramos oír este diálogo divino y reconocernos parte del mismo, pues de nosotros se está hablando. Es más, después de la encarnación, por medio de Jesucristo, somos también parte de este diálogo luminoso y amoroso en el que se trata de nuestro engrandecimiento. ¿De qué otra cosa podría hablar Dios respecto de nosotros, sino de su voluntad de engrandecernos hasta hacernos divinos a imagen suya?

De estas cosas es memorial la Eucaristía, pero no solo de ellas abstractamente, sino de ellas en la concreción de su devenir histórico. El universo es un proceso que viene de la fría nada de sí mismo y se hace algo por la acción creadora inicial de Dios y se despliega lenta y trabajosamente por largos siglos, miles de millones de años. Se mueve siempre de lo más simple a lo más complejo, de lo elemental a lo pleno. Entendemos que esa misma plenitud, en un plano superior, contiene también un proceso de ulterior plenificación creciente. El hombre es la plenitud del universo, su magnífica superación, pero este hombre es llamado a trascenderse a sí mismo, y para hacerlo pleno en el máximo posible el Hijo de Dios se hizo hombre y estuvo así entre nosotros. En él nosotros nos hicimos Dios y estamos en Dios de esa manera excelsa. La eucaristía es también memoria de esta realidad sublime. Que el ciego no pueda ver la flor no impide que ella esté ahí estremecida de color.

Este ser humano que somos, desde nuestro origen primero, está en la potencia creadora de Dios y nuestro devenir transita por todo el acontecimiento cosmológico. Devenimos a la existencia emergiendo de un fondo prehumano, alzándonos luego, de pie sobre la tierra, para desarrollar diversos y crecientes estados de conciencia, razón y sentimiento. Esta evolución acontece en lo imperfecto, de lo que es menos, pero siempre en busca de lo que es más; siempre tras la plenitud que continuamente está más alta y se nos hace difícil como un niño travieso. El error nos acompaña, la maldad nos corrompe, pero no nos impide seguir rastreando lo verdadero y lo bueno, porque la verdad nos está llamando desde su luz a avanzar, aunque pesadamente, hacia la meta de lo mejor. Dios es lo mejor.

Esto hace que la historia del hombre esté llena de muerte, de dolor, de sufrimiento, de crueldad muchas veces, de flagrantes injusticias casi siempre. Este es el mundo del hombre, un mundo de miedo oscuro y viscoso, un mundo desolado, cuyo destino es el silencio eterno. A este mundo vino el Hijo de Dios, vino a salvar a este hombre de su mundo de muerte, de miedo y de pecado. Por eso no es de extrañar lo que Juan dice de la Palabra: “En el mundo estuvo y, aunque el mundo se hizo mediante ella, el mundo no la conoció” (Jn 1, 10)

La eucaristía es también memoria de esta acción salvadora, de esta conflictividad que se levanta entre lo que es menos y su llamamiento a ser más. Quien esté en el medio, por un lado, sufrirá de modo ominoso la fuerza de lo imperfecto que se opone al destino superior que no alcanza, y, por otro lado, la potencia de lo superior que llama a lo alto. Dentro de la historia evolutiva de este universo existe un proyecto que culmina en la divinización de aquello que puede llegar a serlo, que es la flor de lo todo lo creado, el hombre mismo. Mas el hombre mismo está sujeto a este penoso devenir, y la meta que lo está impulsando, tirando de su existencia, es llegar a ser inmortal y perfecto. Ahora todavía no la alcanza, sino que la espera y gime hasta que llegue ese día. En la carta a los Efesios San Pablo destaca estas ideas con inesperada fuerza: “Y la derrochó (la gracia) con nosotros –y ¡con cuanta sabiduría e inteligencia!-, revelándonos su designio secreto, conforme al querer y proyecto que él tenía para llevar la historia a su plenitud: hacer la unidad del universo por medio del Mesías, de lo terrestre y de lo celeste” (Ef. 1, 7-10)

Entonces la celebración de este misterio se vuelve eucaristía, acción de gracias, por medio de Jesús. Por eso Pablo continúa diciendo:“Por su medio, pues por él Dios hizo de nosotros su heredad (a esto habíamos sido destinados conforme al proyecto de aquel que activa el universo según su plan y su designio), para que los que ya esperábamos al Mesías fuéramos un himno a su gloria” (Ef. 1, 11-12).

Efectivamente, la eucaristía no es solo memoria, sino celebración del misterio actual, de eso maravilloso que está ocurriendo ahora, la transformación en heredad divina de lo disperso y perdido, lo cual resulta en himno de gloria. No son cosas que ya ocurrieron o que han de ocurrir, son cosas que están ahora mismo aconteciendo. Y están teniendo lugar en medio de la debilidad, del pecado, de la frustración, por eso este misterio es reconciliación, perdón de los pecados, esperanza luminosa. La realidad final no se manifiesta todavía, pero está aconteciendo, está en marcha. Cuando culmine, a la luz de la gloria, nuestra alabanza será perfecta y en aquella liturgia celeste

seremos luz con la Luz, gloria con la Gloria, alabanza divina perfecta, saciado ya nuestro deseo de ser unidad consumada con la fuente y raíz de nuestra existencia.

El pan y el vino

a. Pan.

En el inicio de su marcha hacia su destino final, aquel universo produjo primero las partículas elementales de las que nacería todo lo demás. Durante millones de años danzaron por los mundos incontables protones, neutrones, electrones, fotones, neutrinos, etc., que fueron originando átomos, ligeros primero, más pesados luego; de ellos se nutrían las estrellas, los planetas, la tierra, nuestro hogar, y de ellos nacieron los primeros seres vivos, cuya característica principal es alimentarse unos de otros. La vida terrena es una cadena impresionante de sucesos: desde la vida unicelular a la pluricelular, los vivientes se alimentan de modo estratégico unos de otros, las plantas de minerales y energía solar, los animales de plantas u otros animales, los vivientes humanos son omnívoros, como resumen de todo el proceso.

El trigo ha sido la planta favorita de los humanos. Desde la prehistoria hasta hoy; millones de personas se alimentan de pan, producto del trigo, de manera que esta palabra integra conceptos tan universales como alimento, comida, subsistencia, y el mismo Jesús la usó en su oración más famosa, el Padrenuestro, "nuestro pan de cada día". Lo importante de este símbolo es su capacidad para resumir esa necesidad cósmica de alimentación, no sólo entre los vivientes, sino también entre los minerales. Las montañas se alimentan de las rocas, los ríos de las fuentes, la lluvia de las nubes y las nubes de los mares, que a su vez se alimentan de los ríos. Cada cosa es como un pan para cualquier otra cosa.

Otra significación del pan es la bondad. "Bueno como un pan", se dice en muchas partes. "Es un pan" se dice en otras. Si, efectivamente, el pan es bueno. Otros granos, como el arroz y el maíz, son también símbolos de la alimentación para muchos pueblos, y también ellos son buenos. El pan es memoria de la creación, de la vida, de la bondad, de la justicia, que equivale a repartir equitativamente el pan.

En el cuadro geográfico en que se desarrolla la vida de Jesús el pan es la palabra mágica para decir alimento, vida, necesidad satisfecha. Y también solidaridad, compartir el pan. De esta palabra se origina aquella otra que es también entrañable: compañero. Compañero es aquel con el que se comparte el pan, es decir, los ideales, las tareas más importantes, la amistad. En la eucaristía el pan recibe una suprema y misteriosa significación: es el cuerpo del Señor, entregado a la muerte y resucitado, llamado a la vida inmortal.

b. Vino.

La Biblia (Gn. 9, 20-22) nos cuenta que Noé, una vez salido del Arca, plantó la primera viña, bebió el vino y se emborrachó. ¿Dónde sucedía esto? Según la Biblia, el Arca había encallado en los montes de Ararat, en la parte oriental de Turquía cerca de la frontera de Irán y Armenia. Lo curioso es que, según los datos que se poseen hoy, los primeros cultivos de uvas se hicieron en esta región. El vino nació en este punto geográfico y desde aquí se extendió por todo los países templados al norte y al sur del ecuador. Italia es hoy el mayor productor de vino del mundo, seguido de Francia. Todos los pueblos elaboran vino de diversas frutas o vayas. Vino de plátano, de maíz, de arroz, etc. Si se dice simplemente vino, sin aditivos, se entiende que se trata del vino de uva.

El vino es una bebida alcohólica, con características muy especiales, símbolo exacto de lo sensorial: textura, olor, sabor, color, permanencia de estas sensaciones después de tomado, si es bueno. Es un signo de alegría, de vida, de amistad gozosa. El vino de uva no fue una bebida universal en el pasado, sino regional, pero hoy lo es. Los países todos, o lo producen o lo importan.

La vid, planta productora de la uva, es el símbolo de unidad y fecundidad del pueblo elegido, pero también el término de los cuidados del Señor. Las referencias bíblicas a la vid dan origen a las más bellas metáforas de la Sagrada Escritura.

> "Voy a cantar en nombre de mi amigo un canto de amor a su viña.
> Mi amigo tenía una viña en fértil collado.
> La entrecavó, la decantó y planto buenas cepas;
> Construyó en medio una atalaya y cavó un lagar.
> Y espero que diese uvas, pero dio agrazones" (Is. 5, 1-2)

Quizá después del pan, sea el vino el símbolo de vida más poderoso de la cultura de todos los pueblos. El pan significa la vida y el vino la alegría de esa misma vida. Pan y vino son, indudablemente, la expresión del gozo de la vida. El vino alegra el corazón del hombre, mientras que el pan le da vigor. El pan y el vino resumen el universo, son la más viva memoria del universo.

En el tiempo de Jesús, conforme a las tradiciones judías, el vino formaba parte de algunos ritos fundamentales del pueblo de Israel. Quizá sea la cena pascual el rito más solemne en que el vino entraba como parte importante del mismo.

Estas dos realidades, pan y vino, entran en el misterio cristiano para perpetuar la presencia del Señor y se convierten en la sustancia del mayor hecho de la historia de la salvación, la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, Hijo de Dios. Pero no solo es memoria, también es presencia actual, misteriosa, pero amable, suave como el beso de un niño.

c. La última cena.

Juan introduce solemnemente el acontecimiento pascual. "Era antes de Pascua. Sabía Jesús que había llegado para él la hora de pasar de este mundo al Padre; había amado a los suyos que vivían en el mundo y los amó hasta el extremo" (Jn 13, 1).

También Lucas refleja el estado de ánimo de Jesús en este momento. Ya están sentados a la mesa, va a comenzar la solemne cena de la Pascua. Entonces Jesús dice: "¡Cuánto he deseado cenar con vosotros esta Pascua antes de mi pasión! Porque os digo que nunca más la comeré hasta que tenga su cumplimiento en el Reino de Dios" (Lc 22. 16).

Jesús está plenamente consciente de la trascendencia de aquella acción, conoce el acontecimiento dramático que lo sacará de este mundo, pero sabe también que lo trasladará al Reino de la luz eterna del Padre. Su comunión con el hombre es tan profunda que también lo implica en la muerte porque antes lo ha asociado con sus luchas, con el esfuerzo humano por llegar a la plenitud. Ahora él va a entrar en esa plenitud, destino de cada humano, y debe ser así, de modo sangriento, doloroso, injusto, a fin de que el dolor, la muerte, la injusticia quede redimida, superada, anulada para siempre.

Mateo cuenta así el extraño suceso que ocurrió mientras cenaban: "Jesús cogió un pan, pronunció la bendición y lo partió; luego lo dio a sus discípulos, diciendo: - Tomad, comed, esto es mi cuerpo. Y cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias y se la pasó, diciendo: - Bebed todos, esta es mi sangre, la sangre de la alianza, que se derrama por todos para el perdón de los pecados" (Mat 26. 26-28).

Esto es mi cuerpo, este pan, este pequeño pedazo de pan, es mi cuerpo; coman todos de este cuerpo mío, y sean uno conmigo. Y beban todos de este vino que es mi sangre, nueva alianza, derramada para perdón de los pecados, es decir, para fiesta. Pan y vino, cuerpo y sangre del Señor, vida y alegría, universo hecho sacrificio, redención de la nada, levantamiento a la plenitud. Totalidad salvada.

Lucas añade un detalle primoroso. Con pocas palabras, con escasas palabras, Jesús expresa insondables misterios. "Haced lo mismo en memoria mía" (Lc 22, 19).

"Hacer lo mismo" es eso tremendo de hacer que ese pedazo de pan sea Cuerpo de Cristo, que ese poco de vino sea Sangre de Cristo, memoria de su pasión, de su muerte, de su resurrección. Para perdón, no para condena, para la vida, no para la muerte; no para la aflicción, sino para el gozo. Exactamente, eso es pan y vino, vida y gozo. Solo que ahora no se trata simplemente de pan o vino, sino del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Ahora somos llamados a integrarnos en el misterio de la Encarnación comiendo este pan y bebiendo este vino, quedando así unidos al Señor en el signo de la vida y del gozo. Ahora la existencia se puede hacer fiesta, júbilo. Y eso es la celebración de la liturgia eucarística. No otra cosa, sino fiesta de la vida, con pan, y con vino, para brindar por todo el universo recapitulado en Cristo.

En este contexto el himno de san Pablo en su carta de los Colosenses (Col. 1, 18-20) recobra todo su poder expresivo reflejando la densidad del misterio:

"Él es el principio, el primero en nacer de la muerte,
para tener en todo la primacía,
pues Dios, la Plenitud total,
quiso habitar en él
para por su medio reconciliar consigo el universo,
lo celeste y lo terrestre,
después de hacer la paz con su sangre derramada en la cruz"

Esa paz realizada por la sangre derramada en la cruz es la reconciliación de lo celeste y terrestre, de lo humano y de lo divino, que ahora celebramos con pan y vino. No es posible percibir cuán hermoso es el acontecimiento en su conjunto: universo, pan, vino, hombre, Dios: la Plenitud total. Siente cualquiera el interrogante de cómo dar a vivir todo esto en una celebración tan esquemática como la Misa que actualmente se celebra. Creo que no se trata de imaginar formas rituales capaces de expresar tan hondos contenidos. No las hay. Más bien se debe orientar la formación eucarística de forma que todos estos elementos sean tenidos en cuenta a la hora de la catequesis.

Después de reflexionar sobre ello, de escribirlo y releerlo, me encuentro espontáneamente invadido por una atmósfera nueva al celebrar el misterio eucarístico, como si todos estos lejanos contornos se hubiesen unificado de una manera no esperada en mi experiencia interna de celebrante. Tomar en las manos ese pequeño pedazo de pan ácimo, insignificante, y decirle esas misteriosas palabras, provoca un sentimiento de unidad superior, una experiencia de plenitud muy singular. Me llena el asombro de cómo puede caber tanto en tan poco. Creo que esta realidad tan profunda y misteriosa no puede expresarse en rituales y símbolos, su inteligencia sólo puede ser lograda por medio de la reflexión, el estudio y la meditación.

Obviamente esta realidad envolvente de lo humano y lo divino está cargada de consecuencias para la vida social de los creyentes. La jerarquía de la iglesia toma cada vez más conciencia de ello. Si esta tierra depende de condiciones frágiles para asegurar nuestra supervivencia, para que siga produciendo pan y vino, es inevitable que la cuidemos con todo empeño, trabajo ecológico, a la vez que la amemos con toda nuestras fuerzas, trabajo moral.

Pero debemos hacer todavía una consideración final. Este universo del que formamos parte, esta tierra que nos sustenta, no se quedará en el frío vacío cuando el universo haya muerto definitivamente, se irá con nosotros, en nuestros cuerpos resucitados, a la mansión eterna de la gloria. Cuando la representación de este mundo haya terminado, quizá dentro de cien mil millones de años, sus elementos fundamentales, en nuestros cuerpos gloriosos, continuarán existiendo por toda la eternidad. Si las cosas son así, y así son, amar esta tierra donde nacimos para existir es siempre un acto de religión, de culto a Dios, que lo creó todo para nosotros. Es la esperanza que también debe estar presente en nuestras celebraciones eucarísticas.